



# LA CIENCIA POLÍTICA

AL DOCTOR LUIS FELIPE VILLARÁN



## I

El entendimiento humano ha hecho profundas evoluciones al través de los siglos y de los acontecimientos. Los progresos de cada época histórica, las diversas etapas recorridas por la humanidad para llegar á la cima de la más elevada civilización, los grandes sacudimientos políticos y sociales, los cambios de religiones y de leyes, el maremagnum de doctrinas en competencia, los atrevidos descubrimientos del genio industrial, las sangrientas guerras internacionales, la irradiación de tantas teorías nuevas y el estímulo producido por mil otras causas grandes ó pequeñas; han tenido necesariamente que influir en forma trascendental en el modo de ser de la inteligencia y del criterio del hombre. De aquí porque se palpan tantas reformas y cambios en las ciencias, en las artes, en las



letras, y en todos los horizontes de la actividad individual y colectiva.

La ciencia política, que á la vez puede y debe comprender el arte del Gobierno y las reglas que rigen la organización del Estado, no se ha quedado atrás en tan fecundo movimiento de transformismo y progreso.

No faltan quienes nieguen á la política su carácter científico.

No es *ciencia*, se dice: es un empirismo radicado en la malicia y pasiones de los hombres.

Los que así se expresan, desconocen por completo lo que es el ciudadano, lo que son sus derechos y obligaciones, lo que son las leyes que rigen á las sociedades y los elementos constitutivos del Estado moderno.

El hombre es un ser *inteligente y libre*. Tiene como fuerzas instintivas las ideas de *libertad*, de *progreso* y de *sociabilidad*.

*Hombre y sociedad* son, dos factores inseparables, como los teólogos pintan el alma y el cuerpo.

La sociedad se hace para que el hombre dé desarrollo á sus facultades activas.

Es indispensable para esto el *orden*, y para que haya orden se requiere *autoridad*, y para que haya autoridad se necesita *fuerza*.

Luego no se concibe sociedad política sin Gobierno armado de los medios coercitivos suficientes para mantener el orden, base de la libertad.

Los actos humanos, como resultados de esfuerzos inteligentes, están sometidos á leyes que presiden su generación y desenvolvimiento.

El estudio del conjunto de reglas que forman el fondo de estas leyes mantenedoras del gobierno de los pueblos, es una ciencia vastísima y complicada, que constituye por sí sola una de las ramas más poderosas del saber humano.



Es preciso concebir á los pueblos como entidades que obran impulsadas por la fatalidad ó movidas por fuerzas mecánicas á semejanza de cuerpos lanzados al espacio, para desconocer la existencia de leyes inteligentes en la producción de los actos humanos y en el gobierno de las masas.

Luego existe una ciencia política que abraza el estudio de estas leyes, de estas reglas generales, subordinadas, por lo demás, á mil contingencias, á mil peripecias, y á la relatividad característica de todo lo que es manejado por hombres y para hombres.

Es innegable que la política, á la vez que ciencia abstracta, es arte de aplicación práctica; pero son dos cosas distintas la ciencia y el arte. La una estudia las leyes primordiales, el otro su posible aplicación; la una determina el mejor sendero para encaminar á un pueblo, el otro señala los elementos y precauciones para hacer efectiva la marcha; la una es la estrategia y el otro la táctica; la una, en fin, es la cabeza que concibe el plan y el otro el brazo que lo ejecuta.

La ciencia es fija, requiere para su conocimiento genio é ilustración. El arte es multiforme y variable por naturaleza, y requiere para su conocimiento una mezcla de malicia, de ingenio, de mundo, de experiencia y de estudio del corazón humano y del pueblo que se gobierna.

Se puede ser un profundo conocedor de la ciencia y un lamentable artista. Y suelen no ser los mejores artistas, los más sabios en la ciencia política.

La ciencia del Gobierno germina en los gabinetes; en cambio, el arte de la política vive en medio del pueblo, en contacto íntimo con sus pasiones, sus miserias, sus noblezas, sus supersticiones, sus defectos y cualidades.



## II

La ciencia política ha marchado casi paralela con la noción que del Gobierno han tenido los pueblos al través del tiempo.

La antigüedad estaba basada en el socialismo del Estado.

El individuo era ola del vasto océano.

El Estado todo lo absorbía entre sus brazos de pólipo.

La ciencia política de esta época de la humanidad se resiente de ese socialismo invasor, de esa absorción del ciudadano en la inmensa colectividad.

Tres grandes genios y pensadores resumen en sí la sabiduría política del mundo antiguo:—Platón, Aristóteles y Cicerón.

Los tres eminentes publicistas concurren, más ó menos, en el socialismo del Estado, modo de ser dominante de las costumbres de la época.

Platón en su *República*, en su *Tratado de las Leyes* y en varios otros trabajos, defiende el comunismo más absoluto y la intervención del Estado hasta en el matrimonio y en los menores detalles de la vida doméstica.

Aristóteles en su *Política*, la obra más monumental en su especie de todos los tiempos, no obstante su amor á la organización representativa del Gobierno, hace la apoteosis de la esclavitud, negación de la libertad individual y defiende teorías destinadas á vigorizar en exceso el Estado con detrimento de la iniciativa del ciudadano.

Cicerón en los fragmentos de su *República* y en tres más de sus magistrales tratados de moral y filosofía, no obstante que como miembro de la escuela estoica hace esfuerzos generosos en pro de la caridad y de saludable altruismo, se deja llevar por los errores y hábitos de la época y desconoce los



atributos fundamentales del ciudadano en presencia del Gobierno.

La Edad Media se caracteriza por tendencias marcadas al individualismo.

Los bárbaros que, como mar sin orilla, inundaron á la Europa, dislocaron instituciones y tronos, y hasta costumbres selladas por los siglos. Las nacionalidades desaparecieron en el caos, como montañas pulverizadas por gran cataclismo.

De entre los escombros de tanta ruina brota el individualismo despótico que se convirtió en comunidades religiosas, en principados, en oleajes de pueblos movidos por la intolerancia y el fanatismo hasta llegar á producir las cruzadas salvadoras del sepulcro de Jesucristo, y en un feudalismo insolente y autoritario.

Los publicistas de este período histórico se resienten de las costumbres de la actualidad en que escribieron.

Desde los escritores escolásticos que como Santo Tomás sostenían una especie de dictadura religiosa, hasta los laicos que como los predecesores de Bodin y de Maquiavelo defendían un individualismo disolvente y anárquico, todos se resienten de carencia completa de la noción científica del Estado.

La época moderna comienza con marcados esfuerzos de soberanos y pueblos para constituir nacionalidades.

La evolución por la nacionalidad:—he aquí el rasgo distintivo de la era moderna.

Los siglos diez y seis, diez y siete, diez y ocho y diez y nueve han sido empleados por la Europa casi exclusivamente en la formación de las nacionalidades por medio de la concentración de los elementos diseminados que había dejado el feudalismo en su angustiada agonía.

La Europa, en esta laboriosa gestación, no marcha en un



solo cuerpo. Cada pueblo se constituyó aparte, en porción territorial diversa.

La obra de concentración se manifestó, como era lógico esperarlo, de distinta manera en cada pueblo, según era su raza, su clima, su estado social y su educación.

No podemos encontrar, debido á esta circunstancia, tendencias y estados políticos uniformes. Cambian en razón directa de la diversidad de pueblos.

Los grados de perfectibilidad política son también distintos y cambian aquí y allá.

La ciencia política sigue estas fluctuaciones de costumbres, de reformas y de progresos.

Es honroso dejar constancia de que estas evoluciones por las nacionalidades coinciden con los primeros esfuerzos hechos por publicistas eminentes por dar á la política autonomía entre las ciencias sociales, por emanciparla de la moral y por darla un carácter del todo experimental.

Corresponde este mérito, en parte al ilustre Bodín; pero, principalmente á Maquiavelo, el más gran genio político de la era moderna, con la sola excepción de Montesquieu, el primero de todos.

No tengo ni espacio ni voluntad para estudiar *El Príncipe*, *La Historia de Florencia*, y las múltiples obras de Maquiavelo. En esta reseña ó bosquejo me basta decir que la gloria primordial de Maquiavelo ha sido haber dado á la política el triple carácter de ciencia, de arte y de rama independiente del saber humano.

El movimiento científico de la Europa hasta la revolución francesa, fué inmenso, desde que aquellas dos lumbreras del saber humano, Bodín y Maquiavelo, alumbraron el mundo con sus sabias doctrinas.

Locke, Hobbes y Bacon en Inglaterra; Rousseau, Vol-



taire y Montesquieu en Francia; Leibnitz, Humboldt y Kant en Alemania; y tantos otros no menos ilustres en Italia, fueron poco á poco echando las bases de la ciencia política moderna.

Sin duda alguna que el más preclaro de todos fué Montesquieu, autor de *El Espíritu de las leyes*, monumento de investigación, de sabiduría y de genio que hace honor á la especie humana. Es el más poderoso empuje que un solo hombre ha dado en el campo de la jurisprudencia, de la política y de la sociología.

Montesquieu planteó en su magistral obra, todos los problemas que sirven y servirán de tema fecundo á estadistas y escritores:—influencia del clima en el desarrollo gubernamental de los pueblos, el sistema representativo, la independencia de los poderes, la soberanía popular, la selección política, la autonomía municipal y tantos otros de no menos trascendencia.

Desde la revolución francesa se nota un movimiento de reforma y de estudios científicos tan fecundo como creador.

Cooperan en él no sólo ya eminentes pensadores, sino pueblos, y estadistas.

No se puede separar del progreso político á hombres de Estado como William Pitt, Fox, Canning, Peel, Beaconsfield y Glasdton en Inglaterra; como Bismarck en Alemania; como Royer Collard, Berryer, Quinet, Thiers, Gambetta y Ferry en Francia; como Cavour, Mazzini, Magliano y Minghetti en Italia; como Cánovas del Castillo, Pi y Margall, Sagasta y Castelar en España; y como Washington, Jefferson, Jackson, Webster, Clay, Lincoln y Cleveland en Estados Unidos.

Entre las naciones que prácticamente han cooperado más al progreso de las buenas ideas políticas figura á la vanguardia la Inglaterra, la primera en aplicar el sistema parlamenta-



rio o de Gabinete; los Estados Unidos, la primera en demostrar en el hecho las ventajas de la democracia republicana; la Suiza, la primera en probar la posibilidad del Gobierno mixto, ó sea, el sistema representativo combinado con el plebiscitario ó democracia directa; y la Francia, que ha tenido la virtud de convertirse en Apóstol de buenas doctrinas, aunque por desgracia ha escollado siempre que ha procurado ensayar las formas de Gobierno más compatibles con la ciencia.

Enumerar los escritores que más han hecho por convertir el estudio de la política en ciencia experimental, casi sería hacer la historia del movimiento jurídico contemporáneo.

Los escritores esparcidos aquí y allá pueden agruparse en cuatro familias:

*Escuela positivista*, que vigorizando mucho la autoridad, da al individuo y á las instituciones, autonomía y medios de acción suficientes para que cumplan sus fines naturales y lógicos;

*Escuela Económica*, que con raras excepciones, exajera el individualismo y tiende á destruir la acción preponderante del Gobierno, á convertir al ciudadano en un Estado dentro del Estado, y que trata de reducir la Autoridad á policial ó simple centinela en los conflictos internacionales;

*Escuela Jurídica*, que niega á la política su carácter científico, que acepta las antiguas nociones del Estado y del individuo, y que conserva las viejas doctrinas acerca de la organización de la sociedad y de los poderes públicos;

Y *Escuela Teórica*, en la que agrupo á todos los publicistas, cualquiera que sea su filiación, que han inventado ó sostienen doctrinas absurdas ó extrañas en materias de constitución política del Estado, como ser el comunismo, el socialismo, el nihilismo y tantas otras no menos anti científicas.

En cada una de estas agrupaciones caben y existen pro-



fundas diversidades de doctrinas de orden secundario. Busco, para caracterizar cada escuela, sólo las tendencias generales, sin que por ello desconozca las diferencias de detalle. Son ejércitos unidos por la nacionalidad; pero que están divididos en cuerpos distintos, con jefes distintos también.

Así en la Escuela Económica no he podido encontrar semejanza absoluta de ideas, ni entre dos escritores, acerca del punto más grave: *límites de la acción del Estado en la sociedad política*.

Podría, como que los tengo todos en la memoria y casi se saltan por los puntos de mi pluma, enumerar los escritores que clasifico en cada escuela; pero, no sería posible especificarlos sin decir algo de sus doctrinas, lo que me llevaría muy lejos y no cabría en esta reseña á vuelo de pájaro, más de recordación que de comprobación.

### III

Ya que no puedo, ni tengo aquí campo para ello, entrar á minucioso análisis de todas las escuelas políticas, diré dos palabras sobre las doctrinas principales que estimo inseparables con la noción verdadera del Estado Científico moderno.

Desde luego, se acabaron para no volver los absurdos de la añeja escolástica, el origen divino del poder real, las teorías empíricas que desconocían al individuo su modo de ser como organismo fundamental del Estado, y las doctrinas que reniegan de la independencia de poderes, de la soberanía popular y de la democracia.

Algo vivirán todavía y darán que hacer mucho á la especie humana, sistemas ocasionales y transitorios de gobierno, como ser el parlamentarismo, la monarquía, el despotismo, y varios



otros que aun ostentan vida propia en el mundo contemporáneo.

La política científica debe tener por distintivo característico el ser *experimental*. Siendo su esencia lo *experimental*, debe ser lógicamente *oportunista* en sus aplicaciones, porque las experiencias varían en razón de mil causas diversas.

De modo que la ciencia política de hoy y de mañana debe ser *experimental* y *oportunista*.

El Gobierno es para hombres, y los hombres varían mucho en carácter y modo de ser según sea su grado de educación, su raza, su contextura física, su religión y hasta el clima en que viven.

Siendo así el hombre, que es el *sujeto* del Gobierno, la política tiene que ser *experimental* para armonizar así la doctrina con el ciudadano, tiene que ser *oportunista*, porque las aplicaciones de esa misma doctrina tienen que subordinarse á la condicionalidad del individuo.

Esto es indiscutible.

Luego escollarán en política todos los absolutistas teóricos y todos los que fabrican un marco en su gabinete y tratan de amoldarlo á cualquier pueblo, aunque éste tenga que experimentar las dolencias de los condenados al lecho de Procustos.

La política científica acepta como ley fundamental la *relatividad* de las cosas humanas y la influencia que sobre los actos del hombre tienen desde las costumbres y preocupaciones, hasta la naturaleza física, los alimentos y los climas.

En una palabra, la política científica mira al hombre como es en el vasto escenario de la naturaleza. Da las reglas de gobierno, no según un hombre-ideal, sino según un hombre-real. No inventa hombres; acepta los que encuentra.

Procede no en razón de lo que debe ser, sino de lo que es.



Una política fundada en otros puntos de vista, tiene que escollar ó producir conflagraciones grandes ó pequeñas.

Por lo mismo que la política científica es *experimental y oportunista*, acepta y reconoce las grandes leyes que presiden el desenvolvimiento humano, y procura ceñirse á ellas cada vez que fija reglas á pueblos y naciones.

Tres son los principios primordiales que rigen el mundo político de todas las épocas:

El de la evolución;

El de la selección;

Y el de progreso;

Todo cambio en las sociedades, para que sea estable y duradero, necesita cumplir con la *evolución* ó sea, la gestación tranquila de lo que se hace; la maduración lenta del fruto que se quiere cosechar.

Toda modificación violenta en instituciones y gobierno, casi siempre fracasa ó produce reacciones tremendas.

Búsquese la comprobación de lo que digo en la historia de todos los pueblos, al través de todas las edades.

Casi no conozco excepción á la regla de que, *todo cambio trascendental en la sociedad política, debe ser el resultado de una evolución.*

Por lo mismo que la *relatividad* es el fondo de todo acto humano, requiere en su producción *la transición.*

He creído siempre que las guerras civiles que han asolado y victiman á los pueblos de la América Española, es debido á que pasaron de la servidumbre colonial á la Independencia, ó sea, del estado de despotismo al de libertad, sin transiciones ni evoluciones que los preparasen y madurasen.

La *selección* es otra ley del desenvolvimiento humano.

Esta ley, que la encontramos entre los seres irracionales, se vigoriza más entre los miembros de la especie humana.



La desigualdad que entre hombres y naciones establecen la fuerza, el trabajo, la riqueza, la inteligencia, la instrucción y el clima, es indiscutible, y nadie podrá borrarla en el mundo. *Es un hecho*, y los hechos subsisten, mal que pese á los teóricos y á los ideólogos.

Luego en la vida política y en el Gobierno, se debe reconocer esta ley que se impone con la irresistible fuerza de la verdad, de la lógica y de los hechos.

El *Progreso*, como ley de desenvolvimiento, reflejo de la instintiva idea de perfectibilidad que tiene todo hombre, se expone y no se demuestra á seres inteligentes.

Estúdiense un segundo cada cual á sí mismo, y encontrará su instinto hácia la perfección y el progreso,

Lo *experimental*, *oportunismo*, *influencia del mundo físico en los actos humanos*, *la evolución*, *la selección* y el *progreso*:— he aquí la clave de la política científica.

Una política que desconozca todo esto, no es ciencia; es empirismo.

Ha sido y será materia de obras extensas que he publicado ó publicaré el desarrollo comprobatorio de lo que dejo insinuado en este artículo.

Cuando se tratan cuestiones tan interesantes como las que he tocado al pasar, quisiera pedir al condor sus alas poderosas, para perderme en los dilatados espacios donde vive el pensamiento humano, separado de las miserias de los *politiciens*, y de la injusticia de los que tienen risas de Mefistófeles para la política considerada como la más noble de las ciencias.

JULIO BAÑADOS ESPINOSA

Chileno

---